

## Chuy y los humillados

© MIGUEL MÉNDEZ M.

Todavía no asomaba el sol. Todo aquel mundo boludo de dunas aparentaba un campamento de raros seres que dormían: anfibios antediluvianos que no tardarían en despertar, pararse en cuatro, en dos patas, y echar a correr oteando el mar enloquecidos a través de los vastos arenales del Desierto de Sonora.

Salió el sol sorbiendo con avidez las sombras alargadas. Éstas querían huir con loca desesperación, se empequeñecían buscando resquicios donde esconderse. Inútil empeño, la lengua fogosa lamía de la superficie la más mínima frescura. Cada grano de arena íbase convirtiendo en un microsol.

Seguía girando el planeta. Ahora semejava el dunerío un sinfín de cúpulas brillantísimas de antiguos templos que se hundían en la arena.

En ese mar solidificado existe encantado por magos perversos un jardín de princesas bellísimas en forma de víboras de cascabel, monstruos de gila, coyotes fugaces y otras alimañas rabiosas. ¿Quién será el valiente que las desencante con un beso? También por esas ondulaciones de arena que ruedan con el viento cruzan a menudo los caballeros humillados en busca de la horrible bestia del hambre. La persiguen para matarla porque devora a sus familias.

Felipe y Pablo iban tras el Valle Imperial, al igual que los españoles buscaban El Dorado, Ponce de León la fuente rejuvenecedora, y tantos y tantos ilusos el oro imaginario.

---

Méndez, M. "Chuy y los humillados." *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin- UAH, 1:2, (2010): 141-143.

Ya el sol estaba trepado en la mera cumbre del día. El desierto aparecía forrado con láminas de metal. Heríanse al cruzarse los vastísimos rayos del sol, tal si en ese paraje maldito se librara una guerra entre espejos enrabiados a fuerza de reflejos puñaleros y destellantes cuchilladas. Por las tripas de las dunas circulaba lumbre, y el aire... ¡Vive Dios!, que hasta el mismo diablo se hubiera chamuscado si de atrevido troca el amparo de los infiernos por aventurar en tales campos.

Al guaje de Felipe y Pablo le quedaban unas cuantas gotas de agua, apenas para mojarse los labios. En realidad ya no caminaban sobre el espacio, pero ellos no se daban cuenta porque sus vidas sí seguían caminando. De pie, nimbados por la fosforescencia de la fiebre se miraron entre sí, asombrados: por el páramo caminaba un viejo descalzo, los pies tocaban apenas la superficie ardiente. Llegó hasta ellos, sonreía benévolo con un dejo de tímida tristeza en los labios.

—Por favor denme agua, hijitos, por el amor de Dios.

¿Agua, cómo dársela?, si la poca que les restaba era la única esperanza de sobrevivir. La mirada del viejo era todo súplica, intensa, lastimera. Felipe le alargó el guaje y Pablo dejó en el aire el gesto de impedirlo.

El hombre misterioso que vestía túnica blanca, de cabello lacio muy negro, piel prieta y barba rala, tenía todos los rasgos de la raza india.

El viejo se empinó el recipiente a bebe y bebe. Cuatro manos y dos rostros desesperados dibujaron un teatral “¡no, por favor!”, para luego resignarse derrotados. De pronto notaron que el guaje rebosaba del líquido anhelado: brotaba el agua a borbotones, generosa, desparramándose a chorros. ¡Fresca! ¡Agüita fresca! El viejo sostenía el trasto sobre sus cabezas, ellos bebían a cántaros, golosos. Se empapaban de agua los rostros, les manaba el líquido precioso por todo el cuerpo, se regaba sobre el suelo sediento trazando arroyitos. Pablo y Felipe reían felices, gritaban jubilosos, parecían niños jugando en la playa. El viejo hizo un ademán y en una fracción de segundo cambió el panorama. Sucedió en un instante. Ahora todo era campos verdes, por doquiera nacía el agua. Cantaban a dúo fuentes y arroyuelos, por todos rumbos se miraban flores y paisajes alegres. De los árboles frutales pendía el fruto maduro; eran tantos y tan pródigos que formaban bosques. Soplaba la brisa amiga, suave y acariciante; por lechos de piedrecitas límpidas fluía el agua transparente. ¡Qué país más generoso! ¡Qué lugar tan placentero!

—¿De quién es todo esto? —preguntaron al mismo tiempo Pablo y Felipe.

El viejo sonriente les contestó parsimonioso:

—De ustedes es todo, hijitos, de ustedes los que padecen hambre, sed y despojo...

Ya se iba el viejo dejándolos en posesión, cuando le gritó Felipe:

—¿Quién eres tú, señor?

—Mi nombre es Jesús, pero ustedes, muchachitos, pueden llamarme Chuy.

Murió el sol. En los horizontes se tendía hermosa una corona de rosas vivas. Abrió la noche sus caminos azules a los caballos de plata, bruñidas las pezuñas, luciente la cabalgata.

¡Cómo brillaban las estrellas! Parecían ojos encendidos por una espera de siglos...